

1. Interpretar al niño

Jacques-Alain Miller

Chuang Tzu tenía la idea de que menos es más, que de alguna manera hay que ser zen. Por mi parte, considero que la diferencia que hay entre una vida limitada y el saber ilimitado, lejos de conducir al agotamiento, puede dar un cierto dinamismo a la existencia. Evidentemente, llevando una vida limitada no se llega a alcanzar el saber ilimitado, pero se lo intenta, se hace como si. En cuanto a lo que a mí me concierne, me siento más bien agotado cuando no lo intento.¹

En un texto titulado “Quizás en Vincennes...”, Lacan fija como último objetivo, tras la lingüística, la lógica y la topología, la antifilosofía con la que “con todo gusto intitularía [...] la investigación que el discurso universitario debe a su suposición ‘educativa’”. Añade que la historia de las ideas nada podía hacer con ella. Propone, entonces, que se haga “una recopilación paciente de la imbecilidad que caracteriza” al discurso universitario. Esta recopilación debía permitir, así lo esperaba, “poner de relieve” esta imbecilidad “en su raíz indestructible, en su sueño eterno”.²

Pienso que Lacan siempre ha manifestado una cierta aversión por la pedagogía, lo que concuerda con lo que Freud exponía acerca de lo imposible de gobernar y enseñar, y también de analizar. Lacan emplea sin duda la expresión “suposición educativa”

1. Conferencia pronunciada en la clausura de la 2º Jornada del Instituto del Niño, 23 de marzo de 2013.

2. Lacan, J., “Quizás en Vincennes...”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 335.

porque en "educación" hay el *dux*, aquel que manda. Hay algo profundamente común entre gobernar y enseñar. Es la idea de que uno va a dirigir las cosas. Se las dirige con dispositivos significantes. Se está condenado a pasar por alto el *quantum* de libido que Lacan ha vuelto manejable llamándolo *a*. Cuando se representa al *dux*, uno necesariamente se tropieza con este factor. También eso le ocurre al analista; es lo que en todo caso diagnosticaba Freud, y lo que Lacan intentó superar. Intentó procurar que el psicoanalista franqueara el muro del significante para llegar a captar, a maniobrar, este objeto *a*.

ELEGIR UN TÍTULO

Digresiones

Pasaré al tema. Desde el 5 de marzo, escribo todos los días un blog en un sitio, el de la revista de Bernard-Henri Lévy, cuya dirección es <www.laregledujeu.org>. Allí me deleito familiarizándome con el instrumento. El arte del blog, tal como lo practico, consiste en avanzar digresiones sobre uno y otro tema; es un estilo disperso en donde debe verse el espíritu de ir de una idea a otra. O, más bien, ponerse en la posición en la que son las ideas las que se le vienen a uno encima. Es un estilo inspirado en la asociación libre, en la medida en que decirlo todo está en el horizonte. Uno se procura una especie de fuente infinita y se da al lector la sensación, al menos eso espero, de que el saber es infinito y, al mismo tiempo, que está al alcance de la mano. Si hay un maestro en la materia, ese es Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy*, quien ha dado una definición de la escritura que es la que me resulta conveniente: *writing is a kind of conversation*, escribir es una suerte de conversación. Es a eso a lo que más me aproximo. Después de todo, ¿qué es el *Seminario* de Lacan sino una conversación bajo la forma de un monólogo, pero donde, no obstante, el público se encuentra presente? Se acerca bastante a esos hábitos de narrador que se ven por ejemplo en *Las diabólicas* de Barbey d'Aurevilly: el tipo se pone de pie, con el codo sobre la chimenea, y comienza a contar una historia. Escribo algo que toma esa forma de los monólogos de Lacan.

Peritexto

Queda, entonces, en mis manos escoger el título de las jornadas del Instituto del Niño. En la prensa es un oficio, o al menos una especialidad, en todo caso es un arte: encontrar títulos. Dicho esto, he hecho escuela; hay otros “elaboradores” de títulos.

Gérard Genette, que era alumno de Barthes y autor de una obra crítica importante, clasificaba el título en lo que llamaba el peritexto. Tenía razón, porque el título es periférico al texto. Es un borde del texto. Es también la cara bajo la cual un libro, un artículo, se presentan primero. Es un significante suplementario que a menudo tiene la función de punto de capitoné, donde el significado viene a coserse al significante.

Prefacio

En sí mismo, el título ya es un prefacio. Es de algún modo el santo Juan Bautista que anuncia el texto más grande que él. El título es a la vez el anuncio, el resumen y como el doble del texto en reducción. No obstante, esta dialéctica puede distorsionarse. La espera puede decepcionar. Por ejemplo, ¿quién adivinaría que el título de la novela *La defensa del infinito* anuncia una recopilación donde se encuentran “Las aventuras de *Jean-Foutre La Bite*”, al lado del “Coño de Irene”? Aragon no ha terminado el libro del cual solo se han publicado fragmentos.

Lacan, con su título “Kant con Sade”,³ nos fuerza a imaginar *Crítica de la razón práctica* y *La filosofía en el tocador* intercambiando sus títulos. Por otra parte, dice que la más erótica de ambas obras es *Crítica de la razón práctica*, lo que podríamos más bien esperar bajo el título *La filosofía en el tocador*. En cambio, el texto altamente teórico de Sade tendría como título *Crítica de la razón práctica*. Intenten eso con distintas cosas, puede ser muy divertido. *Las flores del mal*, si lo llamaran *Confesiones de un hijo del siglo*, perdería rápidamente algo.

3. Lacan, J., “Kant con Sade”, en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 727-751.

Artificios

Hay artificios posmodernos para jugar con los títulos. Vean por ejemplo Borges. Su ficción titulada "Pierre Menard, autor del Quijote" se basa en la unión del título de Cervantes con el nombre de otro autor. Tienen también al lógico tan divertido que comenté en otro tiempo, Raymond Smullyan, que dio como título a su libro *What's the name of this book?* O bien alguien que ha llamado a su libro *Escritos*, lo cual es verdaderamente neutro, bien chato, una especie de descripción materialista de la cosa. Es un juego interesante. En este último ejemplo, el texto existe y el título se le añade. El título se convierte en una interpretación del texto, más exactamente en una autointerpretación del texto. Pero la situación inversa también se presenta, y cada vez más a menudo. Hay alguien, un editor, que tiene la idea de un título y busca alguien que escriba el texto que va con él. Allí, el título precede. Si editan guías, por ejemplo, para la de Roma van a buscar a la persona que puede escribirlas. Es un fenómeno muy importante al que Martin Heidegger le ha hecho sitio en un texto esencial que se llama "La época de la imagen del mundo".⁴ Hacia 1930, observa que desde entonces los editores encargan libros a los autores. Hace de ello incluso un rasgo importante de lo que llama la época de la técnica.

Poema

Para mí, un título no es una descripción; es más bien un poema en reducción que debe ser firme y contundente, como un lema o un proverbio. *Festina lente*, *Semper fidelis*, El que juega con fuego se quema, Dios y mi rey son especies de poemas condensados extremadamente potentes. De cierto modo, un buen título permite creer en la unión armoniosa del significante y el significado.

Cuando se trata de un coloquio, estamos en esa hipótesis en la que se otorga un título antes de tener el texto. Con el título, se

4. Heidegger, M., "La época de la imagen del mundo", en *Sendas perdidas*, Buenos Aires, Losada, 1960.

Lacan lo repite en el seminario –pero no solo allí– cuando se refiere a Aristóteles: “El hombre piensa con su alma”. Y explica que ese “con” es un instrumento.⁶ Los remito al texto *Acerca del alma*,⁷ que Lacan había comentado, y más específicamente a un pasaje, que en cambio no cita, en el que Aristóteles dice que “el alma es como la mano”; eso sirve de algo. Es como un anclaje. También hace pensar en lo que Heidegger llama “el-ser-a-la-mano”,⁸ que es el ser de la herramienta, o del instrumento, del cual hace una teoría completamente esencial en su ontología y en su crítica de la ontología.

Lacan mismo, en “Televisión”,⁹ en el momento en que emplea la expresión, a propósito del analista, “los que se analizan con ellos”, hace un movimiento con la mano. Me preguntaba cómo caracterizar ese movimiento. No es una vuelta de tuerca; más bien es una especie de ensarte bastante curioso. Es realmente el analista instrumento.

Cuando se trata de niños, es el analista el que es un instrumento. Deberíamos decir: “El niño con el analista”. Pero, justamente, ese no parece un muy buen título, porque no sería realmente claro ni contundente. El analista es un instrumento, ciertamente, pero cuando se trata de niños, es allí también que se retrocede. Lo que hace diferente el análisis con el niño es que se sirve de él menos que el adulto. El analista es menos instrumento. Está obligado a tomar iniciativas. El instrumento está obligado a tomar más iniciativas que con el adulto. Lo cual, por otra parte, va muy bien con el concepto de instrumento, porque estamos rodeados de instrumentos que toman iniciativas. Tan pronto como ponen el GPS, comienza a darles órdenes.

6. Cf. Lacan, J., *El seminario, libro 20: Aun*, Buenos Aires, Paidós, 1991, p. 67.

7. Aristóteles, *Acerca del alma*, traducción y notas de Tomás Calvo Martínez, Madrid, Gredos, 1978, 432a.

8. Heidegger, M., *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

9. Lacan, J., en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.

suscitan los textos. En este caso, es preciso dimensionar el grado de dispersión deseada. Pueden dar un título que permita a los textos ser extremadamente variados. No cuesta mucho, todo el mundo puede aportar lo que quiere, hay de todo. O tal vez pueden ajustar el título.

INTERPRETAR AL NIÑO

¿Qué título dar entonces a la próxima jornada del Instituto del Niño que tendrá lugar en 2015? Lo que me ha guiado es muy simple. Después de mucho tiempo, y de tantos años transcurridos hasta conseguir que saliera el *Seminario 6* de Lacan, mi idea fue que esta jornada se realizara bajo la sombra, o a la luz de ese seminario, *El deseo y su interpretación*.⁵

Podríamos entonces escoger “El niño y su interpretación”. Así jugaríamos con el equívoco: es el niño que interpreta al mundo y, al mismo tiempo, lo interpretamos a él. Sin embargo, en mi opinión, eso produciría una enorme dispersión de los trabajos. Preferí dar una dirección clara con el fin de que los trabajos no sean tan dispersos, y poner entonces el verbo en infinitivo y su complemento: “Interpretar al niño”. Es simple y poco habitual. No usamos mucho “interpretar al niño” porque con el niño no estamos muy seguros que interpretemos.

El psicoanalista instrumento

Al mismo tiempo, es preciso disipar la expresión sempiterna “el psicoanálisis con niños”. Hay que encontrar otra cosa, porque no es el “con” lacaniano, sino un “con” de compañía. Eso quiere decir, el psicoanálisis trata a los niños. Mientras que el “con” lacaniano, el que figura por ejemplo en “Kant con Sade”, es un “con” instrumental.

5. Lacan, J., *El seminario, libro 6: El deseo y su interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 2014.

De la señalización a la transformación

“Interpretar al niño” sería la ocasión para reflexionar sobre nuestra práctica, pero en absoluto para normalizarla o estandarizarla, sino a título de intercambio de experiencias. ¿Acaso realmente interpretamos? Hay terapeutas que dudan de ello. Sobre todo, eso nos obligaría a salir de la interpretación según el modelo de la traducción, del desciframiento. No hay que olvidar que Lacan redujo el término inconsciente que se tradujo de Freud. Dijo que lo conservaba porque era la tradición, pero que de hecho el término *parlêtre*¹⁰ sustituiría un día al vocablo inconsciente. Para la interpretación, hay algo de este orden. Es un término tradicional. Se dice: son psicoanalistas, interpretan. Pero, evidentemente, nuestra práctica interpretativa va más allá, justamente cuando concierne al niño. Hay que distinguirla del modelo texto codificado/texto esclarecido. De algún modo, entra en la interpretación todo lo que tiene valor de mensaje, o incluso de señal enviada. Lo que se espera es que uno de esos mensajes tenga un valor transformacional. Finalmente, la interpretación, si la tomamos en su extensión más amplia, va de la señalización a la transformación. Estamos entre las dos.

El niño entre enunciado y enunciación

Deberíamos empezar a interesarnos nuevamente por el grafo de Lacan. Cuando di un seminario para menores de treinta años, me di cuenta de que la mayoría no lo conocía y que incluso tenían una cierta dificultad para abordarlo. Ahora bien, incluso si vinieron luego los cuatro discursos, el grafo de Lacan permanece; no es superado en absoluto. Lacan continuó refiriéndose a él, incluso si sobre ciertos puntos las definiciones cambiaron. Encontrarán en el capítulo IV del seminario *El deseo y su interpretación*, que titulé “El sueño de la pequeña Anna” (un sueño muy conocido), estas palabras de Lacan: “El niño está capturado por entero en el juego de las

10. Lacan, J., *El seminario, libro 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 56.

dos líneas”,¹¹ digamos, entre ambos niveles. Es el niño capturado en el juego entre enunciado y enunciación.

Hay muchas cosas de Lacan que van en ese sentido, particularmente al comienzo del capítulo V, donde dice: “En el niño, algo no ha sido aún acabado, precipitado por la estructura, no ha sido aún distinguido en la estructura”.¹² El contexto indica que eso remite a la distinción entre el yo [*je*] del enunciado y el yo [*je*] de la enunciación, más aun cuando reencontramos al menos dos veces el ejemplo del *Seminario 11* que se ha vuelto famoso: “Somos tres hermanos, Pablo, Ernesto y yo”. El sujeto, por un lado, se cuenta como uno en la serie, en la clase de los hermanos –en efecto, él es un hermano, por lo tanto, si contamos los hermanos, él es indiscutiblemente uno de los tres hermanos– y, por otro lado, no consigue distinguir lo que él es en tanto que uno, no en la serie, sino uno solo, el que habla y el que se resta de la cuenta. Allí podemos oponer el uno que se cuenta en la colección de los que tienen la cualidad de hermano, que tienen ese predicado, y el uno solo, un uno que debe restarse de la cuenta, que no figura en el espectáculo del mundo. De cierto modo, el uno solo es una especie de menos uno. Tan pronto como reflexionamos sobre este ejemplo, estamos en las últimas elaboraciones de Lacan sobre el Uno solo.¹³

Nuestra red: el grafo

Por otro lado, la gran dignidad de este grafo es, no obstante, la forma más abordable, la más *mederna*¹⁴ –según la expresión que empleo en mi blog para burlarme de los modernos– de la estructura,

11. Lacan, J., *El seminario, libro 6*, ob. cit., p. 90.

12. *Ibíd.*, p. 94.

13. Miller, J.-A., “El Ser y el Uno”, enseñanza pronunciada en el marco del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad París VIII, inédito.

14. Miller, J.-A., “La conjecture de Goodme”, *Diva*, blog de *La Règle du jeu*, 20 de marzo de 2013 (disponible en línea). El término “mederna” [*mouderne*] que introduce el autor resulta de la alteración de la primera sílaba de “moderna” [*moderne*] a los fines de que esta resulte homófona con el comienzo de la palabra “medieval” [*moyenâgeux*]. [N. de la T.]

porque es una forma en red. La forma más elegante y más simple de los cuatro discursos permutativos no tiene este elemento de conectividad. Aquí viene entonces la actualidad. *Le Monde* anuncia en dos páginas el milagro según el cual se ha puesto en evidencia la red del modo por defecto que muestra que el cerebro nunca está en reposo.¹⁵ Pero la idea de que hay una actividad cerebral permanente no es reciente; la encontramos en los electroencefalogramas de fines de los años veinte. Ya era sabido. Eso para no remitirme a Descartes, que decía: “El alma piensa siempre”.¹⁶ Es la tradición filosófica. Por lo demás, las investigaciones modernas sobre lo que los estadounidenses llaman *the default mode network*, o red de modo por defecto, llevan treinta años de marcha. No veo el descubrimiento especial que justificaría la atención de todo el mundo. ¿Qué pretenden alcanzar con esto? Es más fácil decir que es una estructura reticular, tal como la que Lacan presenta en el grafo. Por supuesto, Lacan conocía las investigaciones de la época sobre la estructura matemática del cerebro. Reflexionó al principio sobre la cibernética. Incluso su esquema L es un esquema eléctrico donde se interponen elementos. Dicho de otro modo, la reflexión en red pertenece a la esencia del lacanismo. Podemos decir: “Lo que ustedes llaman red, *the default mode network*, para nosotros es el grafo de Lacan”. Para avanzar en esta dirección, se nos repite mil veces que el diagnóstico por imágenes sería “El” descubrimiento. Al buscar en Google “diagnóstico por imágenes”, encontré esta definición: “Su objetivo es crear una representación visual inteligible de una información de carácter médico”. Frente al diagnóstico por imágenes, podríamos ubicar la lingüística psicoanalítica. Sería definida como “la expresión lingüística más o menos inteligible de una información de carácter psicoanalítico”. Ellos tienen el diagnóstico por imágenes, nosotros tenemos la lingüística psicoanalítica; y, además, eso es más barato para la Seguridad Social.

15. Gozlan, M., “Que fait le cerveau quand il ne fait rien?” [¿Qué hace el cerebro cuando no hace nada?], *Le Monde*, 23 de marzo de 2013.

16. Descartes, R., *Meditaciones metafísicas*, Madrid, Alfaguara, 1993.

CINCO INICIATIVAS

Situvar el Ideal del yo

¿Cuál es el contenido de la información que nos interesa? *Grosso modo* es un mensaje de sufrimiento o de malestar. Pero sin dudas no es lo suficientemente científico. Precisemos, entonces, qué es un mensaje de bienestar negativo, *the Negative Well-Being* (NWB). En lo que concierne al niño, no tomamos solamente los mensajes de bienestar negativos del sujeto, sino también los que vienen de los padres, los malestares de los vecinos, de la escuela. Si, para los adultos, nos moderamos, para los niños tomamos en cuenta los mensajes que vienen del entorno, precisamente porque hay algo que no se ha precipitado, en el sentido de Lacan, en la relación del sujeto del enunciado con el de la enunciación. ¿Qué es lo que no se precipitó? No hablamos de interiorización, al no estar muy seguros de que haya un interior; en la tradición analítica, se habla de introyección. Cuando eso se precipitó, puede decirse que el Ideal del yo se ha introyectado. En el niño, el Ideal del yo, llegado el caso, se pasea por fuera, lo que puede explicar que tomemos en cuenta las opiniones del entorno.

Interpretar a los padres

Un primer sentido para la formulación “interpretar al niño” es “interpretar a los padres”. Volvamos a darle a esto un poco de dignidad examinando seriamente el lugar que allí le concedemos. En general, hablamos un poco apresuradamente de cómo lidiamos con el padre, con la madre, que ellos mismos no eran muy normales. Cristicemos este concepto.

Capturar en la red

Está el primer nivel del grafo, donde lo que Lacan llamaba en aquel momento las necesidades recibe la impronta del lenguaje y donde el código del Otro debe dominar y vencer haciendo pasar

esas necesidades por los desfiladeros del significante. En la clínica de niños, está, en efecto, el sujeto que no respeta el código, que no pasa por el código. Llegada la ocasión, tenemos que lidiar con sus crisis, sus jaculaciones. El problema que encontramos aquí es un problema de captura. ¿Cómo capturar algo del sujeto en este “código”? El analista se encuentra en posición de validar el código del Otro, de validar las reglas. Digamos que allí “interpretar al niño” es del orden de la captura. Tratemos de obtener ejemplos de estas capturas.

Extraer al sujeto

En el nivel superior del grafo, Lacan emplea el término $\$$ para designar un momento de constitución del sujeto, momento del cual hará la definición esencial de este. En aquella época, sin embargo, el $\$$ está reservado al fantasma. Sin eso, el sujeto es un sujeto hablante que, en cuanto funciona la etapa ulterior, debe surgir para asumirse como uno entre otros sujetos hablantes. Eso múltiple es de algún modo la condición de su existencia como sujeto hablante. Ahora bien, puede ocurrir que ese sujeto sea sepultado bajo los significantes del Otro. Y allí, en este tercer modo de interpretación que podríamos distinguir, “interpretar al niño” es “extraer al sujeto”. Hay que distinguirlo realmente de la captura de la necesidad.

Criticar la alucinación

El capítulo IV dedicado al sueño de la pequeña Anna tiene una presentación muy simple, que Lacan complejizará más tarde, pero que es muy útil, de las relaciones entre el principio de placer y el principio de realidad, proceso primario y secundario.¹⁷ Es, para Freud, el telón de fondo, que Lacan retomará haciendo sus propias reservas cuando dice que “la realidad se construye sobre un

17. Lacan, J., *El seminario, libro 6*, ob. cit., pp. 76-81.

fondo previo de alucinación”.¹⁸ ¿Cómo el proceso secundario pone a prueba lo que tiene lugar en el proceso primario? El proceso secundario asegura una función crítica, una función de juicio respecto del proceso primario. Ahora bien, en la práctica con niños, tenemos casos donde hay una especie de *break down* del proceso secundario. Hay un modo de interpretación que es una especie de crítica de la alucinación. Pero, además, es preciso hacerla de una buena manera. Podríamos dar múltiples ejemplos de ello. De hecho, el psicoanálisis, después de todo, enseña una cierta maniobra.

Hay dos prácticas diferentes de esta crítica de la alucinación. O bien representamos al “guardián de la realidad”,¹⁹ como se expresará Lacan más tarde, el psicoanalista hace como si asumiera el proceso secundario, el juicio; o bien enseñamos cómo maniobrar con la alucinación, es decir que comunicamos un procedimiento. En este caso, podríamos desarrollar “interpretar al niño” como comunicar un procedimiento, especialmente para el sujeto alucinado. Evidentemente, hay un momento muy importante, que Lacan aísla en este seminario, el de la represión: opone, en lo que llama las situaciones iniciales, el momento en el que el sujeto piensa que el Otro conoce todos sus pensamientos,²⁰ en tanto que sus pensamientos están en el lugar del Otro, y el momento en el que descubre que el Otro no sabe, y es así como el contenido de la represión entra en el inconsciente. En todo caso, es una vía, una huella: este hecho, que el Otro no quiera reconocer algo, es el que permite que el inconsciente se abra, y se abre para alojar lo no reconocido.

18. *Ibíd.*, p. 79.

19. Lacan, J., “Del psicoanálisis en sus relaciones con la realidad”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 380.

20. Cf. Lacan, J., *El seminario, libro 6*, ob. cit., p. 89.